



Ilustraciones de Pez

Habla el Lobo

Patricia Suárez



Norma

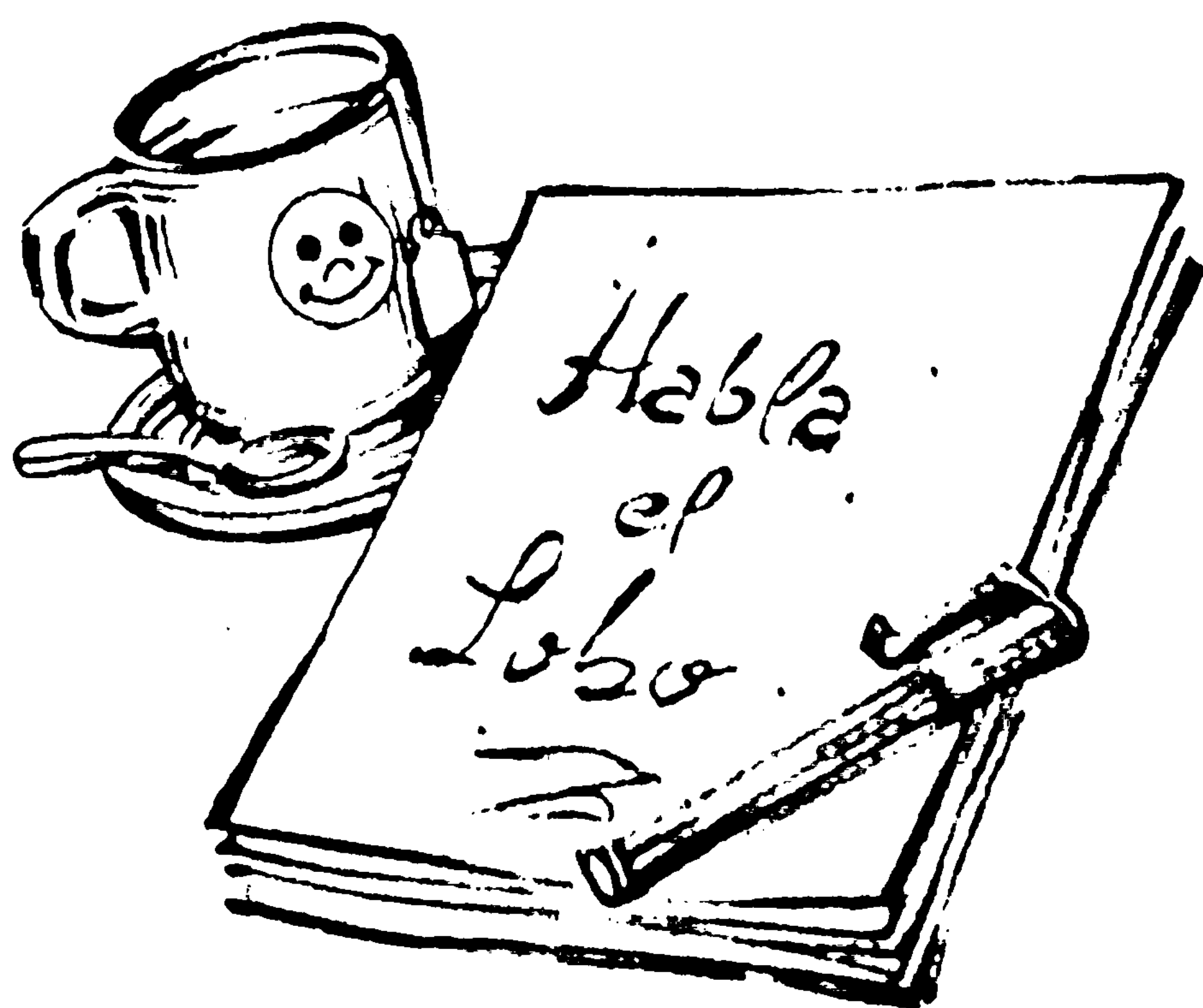


Prólogo: Habla el Lobo Feroz

Lo que pasa es que Caperucita Roja tuvo mejor prensa que yo. Claro: tan bonita, tan dulce que parecía, tan suavecita, ¡una niña! Después los periodistas y los cuenteros me vieron



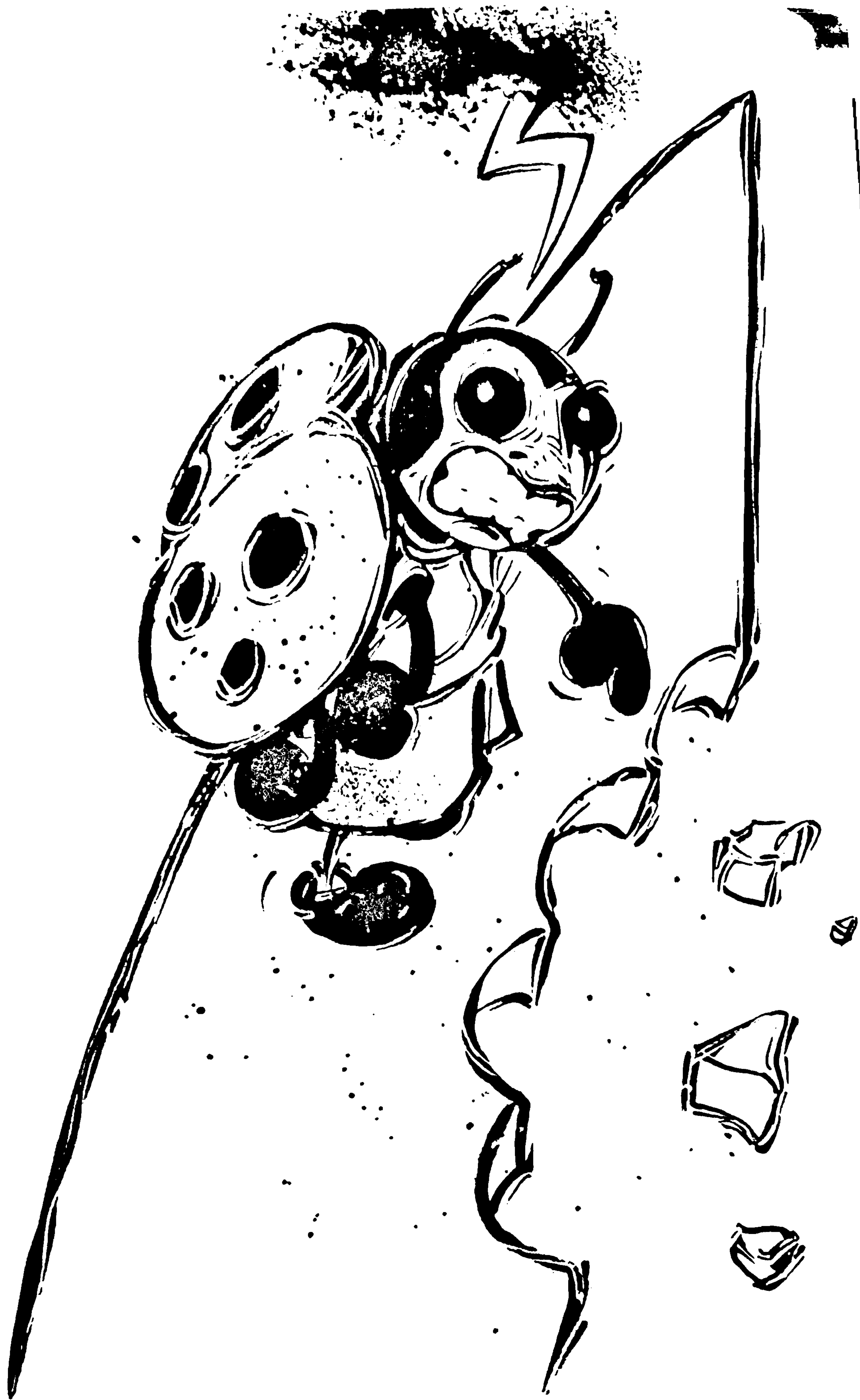
a mí: grande, peludo, orejón, dientu-
do; dicen que tengo aspecto de feroz
aunque en realidad hace catorce años
que soy vegetariano. Yo traté por to-
dos los medios de limpiar mi imagen,
pero cada vez que alguien ve que estoy
cerca de su casa, me saca a los escope-
tazos. No me han dado derecho a ré-
plica. No, no. Es por eso que intento
explicarme a través de este escrito.





Capítulo Uno

Todos los días salgo a caminar a paso vivo porque hago ejercicio para bajar la panza. Me alimento con tanto yuyo, tanta tortilla de avena, que quedo muy hinchado y panzón. Así que salgo y camino, miro las flores, mastico un brote de alfalfa. Con la alfalfa tengo que tener mucho cuidado: cada dos por tres me encuentro andándole encima a una Vaquita de San Antonio. Dicen que las Vaquitas traen suerte, pero claro que a



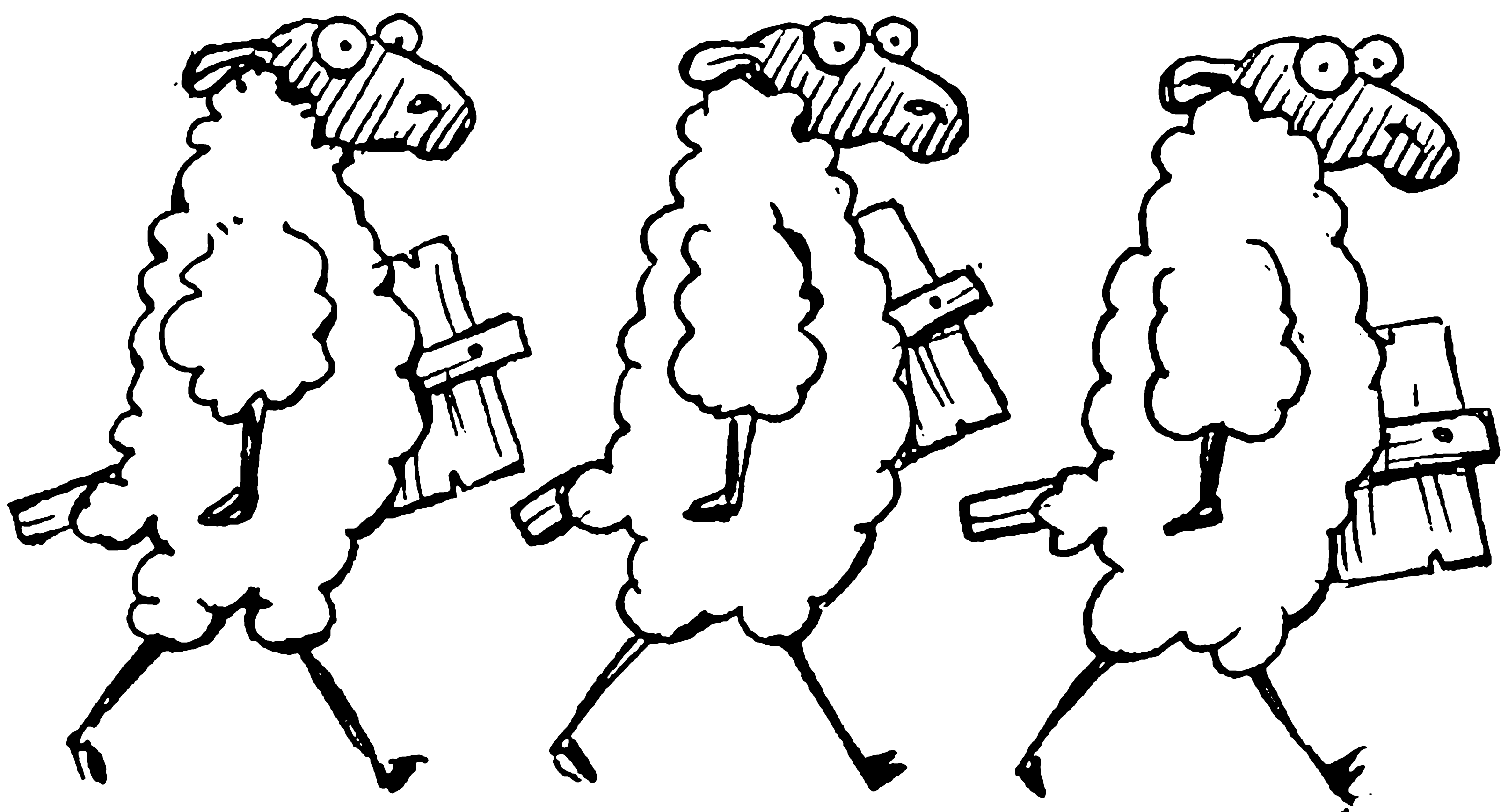
ninguna de ellas le parece ninguna suerte que yo me la zampe con la alfalfa, de manera que, en estos casos, la Vaquita en cuestión muy dulcemente me pide:

—¡Eh! ¡Cegato, más que cegato! ¡Cerebro de mosco! ¡No ves que estoy

aquí arriba tomando el sol? ¿Con qué derecho me quitás el sol, papafrita, papanatas?

Los martes y jueves cruzo el campo y me encuentro con los rebaños de ovejas. ¡Qué lindas que son las ovejas! Lástima el oficio nocturno que tienen, que las deja tan cansadas... Cuando paso, saludo a Markus, un cordero friolento que usa tapadito de pelo de lobo que me cuenta:

—Ay, Lobo: si supiera usted el cansancio que tenemos. Qué noche más terrible la de anoche: ¡nos tocó un insomne muy terco! Nos contaba: “una ovejita, dos ovejitas, tres ovejitas...” y



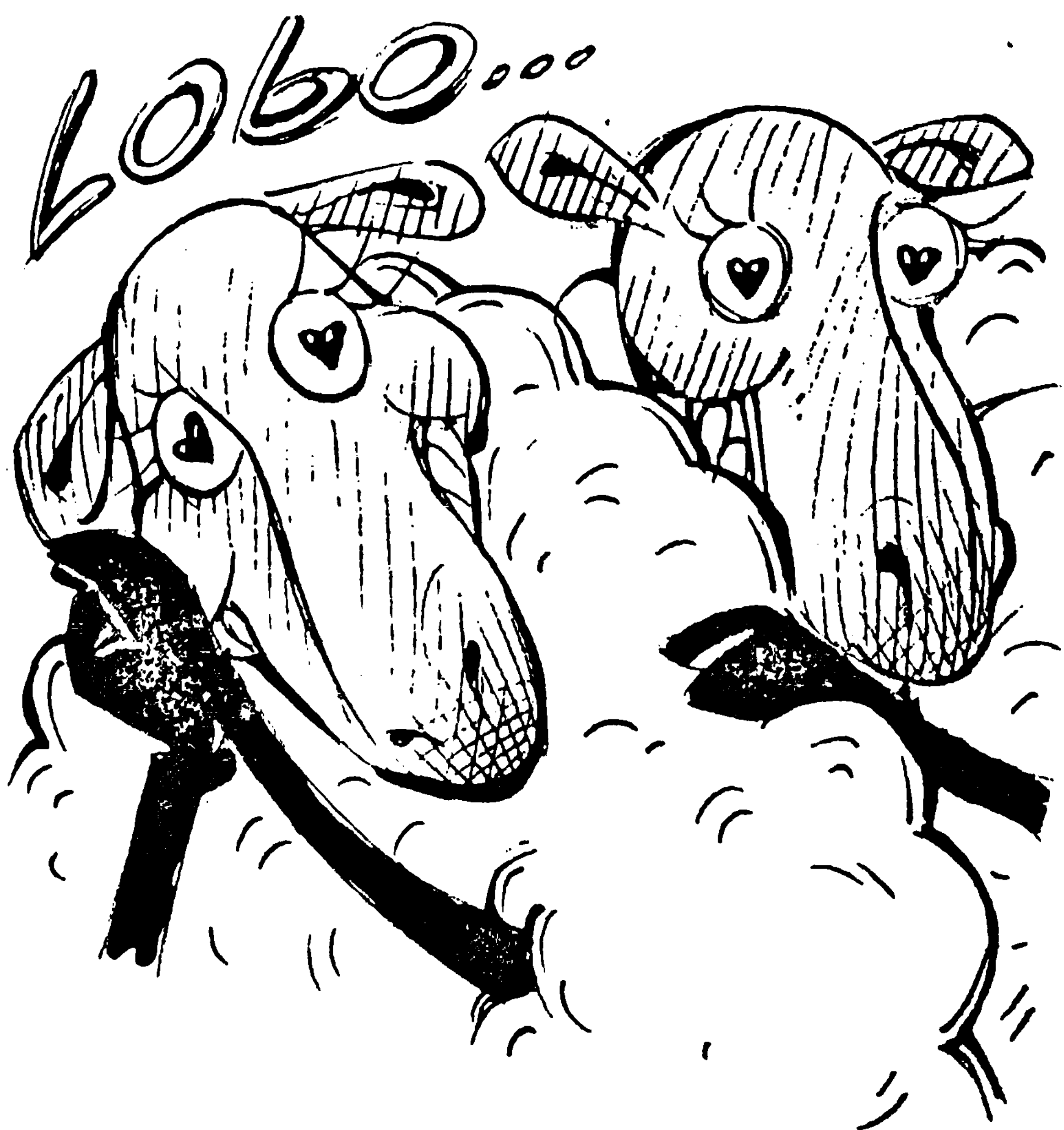
así hasta cuarenta y no le venía el sueño, sino que seguía fresco como una lechuga. Nos hizo saltar la valla a todas una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. Toda la noche. Mire cómo quedé: pura lana y huesos. Mi prima Calpurnia elevó una queja al Comité de Insomnes, alegando que si tanto salto hay que dar, mejor que los insomnes contraten cervatillos, ¿no le parece? Uno nació para otra cosa.

Mientras dice esto, se levanta viento del lado del río y Markus se pone a tiritar y se sube las solapas del abrigo. Ese abrigo es de pelo de mi tío Federico y el codero lo usa para meter susto y conquistar corderas. Pero voy a contarles un secreto: no lo logra porque todas las corderas



están enamoradas del Oveja Negra.
Ese sí que es un galán entre las chicas.

El Oveja Negra es cantante de ro-
canrol. Sobre su lana negra usa una
campera de cuero con tachas puntia-
gudas y flecos. Calza botas tejanas
con espuelas y cuando zapatea mete
un estruendo tremendo. En lugar de
responder "sí", dice "yeah"; y al pas-
to que come le echa un montón de
pimienta, se traga los ajíes silvestres
de una sola mordida y después nun-
ca sale corriendo con la lengua afuera
a tomar agua para aliviarse. Cuando



las chicas lo ven pasar, le chiflan: "Chau, Lobo; chau, lindo". No sé bien por qué le llaman lobo cuando el Oveja Negra, en realidad, no tiene nada de lobo. Y cuando paso yo, que sí soy un lobo, gritan: "Ahí va el gallina. Coco-rocó, cocorocó, gallina, gallina, ¿cuándo vas a poner un huevito, gallina?".



Creo que las ovejas, en general, no tienen demasiadas nociones de fauna. Estoy tentado de regalarles una enciclopedia de zoología para la Navidad.



Capítulo Dos

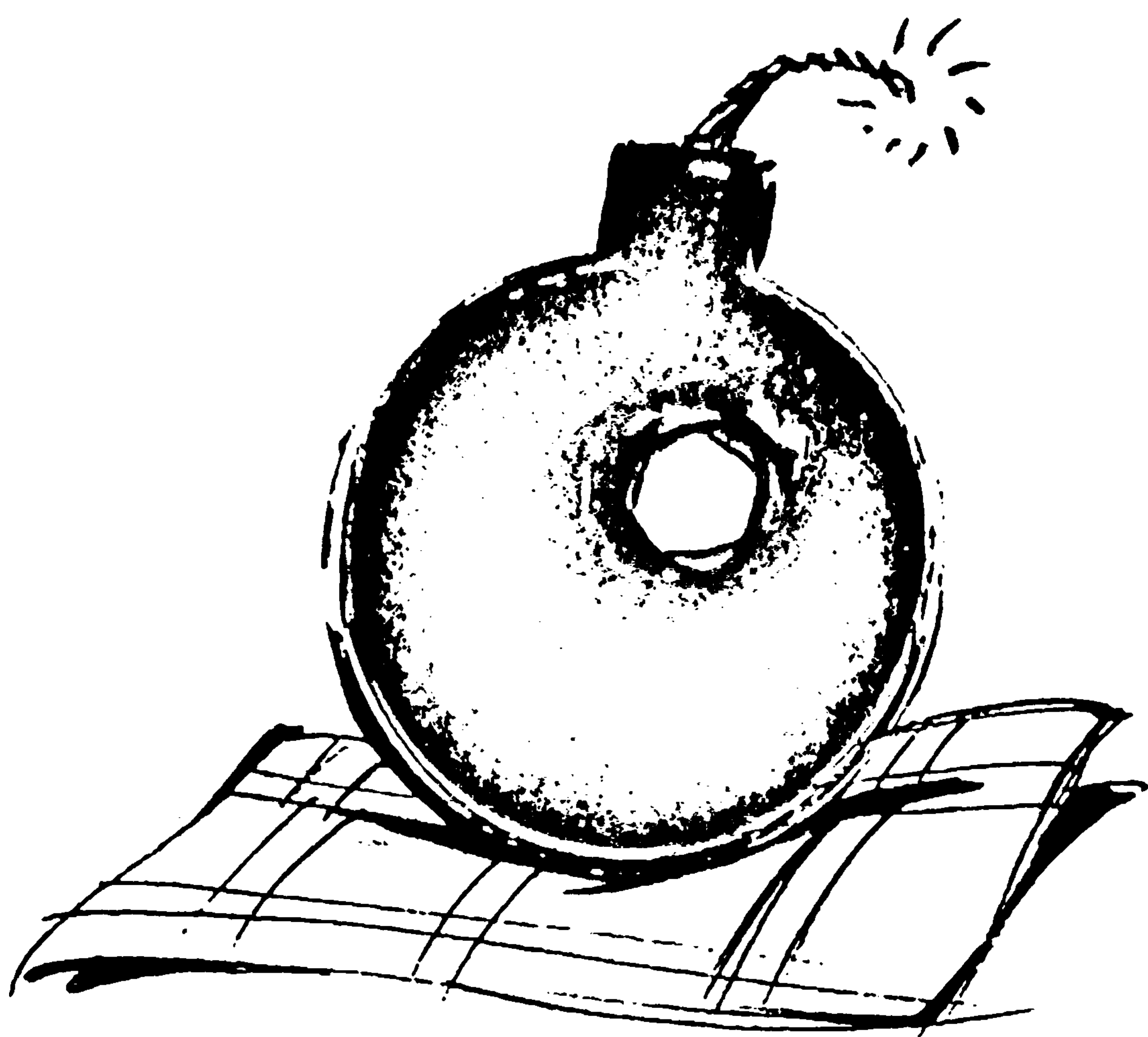
Sin embargo, lo que quiero contar sucedió un miércoles, que es el día en que cruzo el Bosque. Paso por entre los álamos y los cedros y respiro ese aire tan saludable que hay. Por ahí pellizco alguna que otra mora del árbol de moras y ellas chillan: “Eh, lobo atrevido”, porque a las moras no les gusta que un lobo como yo les pellizque los rollitos de la cintura.

En eso estaba, cuando veo venir por el camino a Caperucita Roja. Ella no



me caía mal, pero yo no la quería en mi camino. Ustedes dirán que soy un lobo antipático o muy injusto, pero antes de juzgarme, mejor dejen que siga con mi relato y verán si no es cierto lo que digo. No es que yo quisiera alejarme de la Caperucita porque fuera muy fea o porque metiera miedo con su figura. La espada que llevaba al cinto no me asustaba para nada, aunque decían que había pertenecido a un guerrero antiguo bastante sanguinario, y tampoco me asustaba la bola con pinchos para aplastar cabezas con la que ella venía jugando al yo-yo: yo no soy ningún miedoso. Caperucita tenía la manía de usar la capota roja que le cosió su abuela con la aguja de coser matambre, y vista a cierta distancia esa niña parecía un fósforo andando, medio envuelto en llamas. A todas partes llevaba una canastita que zarandeaba, y si alguien le preguntaba:

—¿Qué llevas ahí, Caperucita?



Ella respondía:

—Flores y florcitas.

Ponía una sonrisa angelical y se le formaban dos hoyitos en las mejillas y cuando la gente veía los hoyitos se embobaba y decía: “Qué hermosos más hermosos esos hoyitos...”. Y nadie se fijaba, entonces, qué cosa llevaba en verdad la Caperucita en la canastita. Nadie descubría la bomba, ni el escuerzo resucitado del pantano, ni siquiera la flor carnívora que ella alimentaba con sándwiches de dedos de ahorcado.

En cuanto vi que la Caperucita se distraía cortando un hongo ponzoñoso, me alejé para no cruzarme con

ella. Es que mis amigos los lobos ya me lo habían advertido: “Cuidado con la Caperucita que no es de fiar”. Siempre decían eso: “No es de fiar, esa chica”. Me pasa que yo no tengo un diccionario en mi madriguera: no sé a qué se referían con la palabra fiar cuando la usaban. Yo me decía: “¿Por qué le voy a tener miedo yo, si yo no vendo nada y si no vendo nada, a nadie le voy a dar de fiado, no?”. Ellos, que eran mucho más cultos, se referían a otra cosa.



En fin, la Caperucita me alcanza igual y me dice:

—Tenés que acompañarme a la casa de mi abuelita. Acá llevo una torta envenenada para ella y si no me acompañás, te la zampo entre los dientes ya mismo.

Yo, a decir verdad, me quedé muy impresionado.

—Pero, Caperucita... —murmuré.

—Callate o estás frito y haceme caso en este instante. No te lo voy a decir dos veces. Ponete en posición de feroz, a ver cómo asustás.

—Yo soy un pacifista, yo...

—Dale de una vez, aterrorizame.

—No, yo...

En eso me dio unas pataditas en las canillas con sus botitas. Tenían punta de acero las botitas, se imaginan cómo dolió. Di un paso adelante, abrí la boca cuanto pude y enseñé los dientes. Los dientes, me los limo todas las mañanas para que no me quede ninguno puntiagudo y además, como usé ortodoncia en la infancia, tengo una sonrisa pareja y destellante.

Paré los pelos del pescuezo y saqué las garras. Los viernes por la tarde voy a lo de la manicura para que me arregle las uñas. Justo mientras hacía la demostración de ferocidad pasó un Cuervo amigo, me vio así y comentó:

23

—¿Bailando la polca, jefe?

Caperucita me pisó los dos pies con sus botitas. Tenían el taco de acero las botitas.



—Con más entusiasmo, que yo quiero heredar a la Vieja —ordenó.

Estuvimos un buen rato así, yo probando posiciones de ferocidad y ella pegándome con todo el blindaje que traía encima. Al final dijo:

24

—Mejor hubiera sido disfrazar un pollo... Pero bueno, sirve igual.

Me dio las indicaciones. Yo tenía que ir por el camino más corto del Bosque y llegar antes a la casa de la abuelita, comérmela y disfrazarme de ella. Caperucita llegaría después.

Me amenazó:

—Te llegás a escapar, lobo estúpido, y me convertiré en tu peor pesadilla. Voy a seguirte por todo el mundo hasta hacerme un tapado con tu pellejo, ¿entendiste?

—Sí, sí, Caperucita.





Capítulo Tres

Tomé el desvío que me indicó Caperucita. Era un caminito que a ella le gustaba mucho: todo lleno de cardos y ortigas, con buitres que sobrevolaban por encima mío chillando: “Infeliz, infeliz” y “Ya te vamos a agarrar, carroña, ya, ya, ya...”. Caían encima mío sombras agudas y espesas como cuchillos de carnicero. Al cabo de andar un rato me entró susto de la oscuridad y la espalda se me encorvó y los pies se me pusieron pesados:

¡hasta me dolieron los juanetes que hacía un montón de tiempo que no me dolían! De manera que decidí no seguir las instrucciones de Caperucita al pie de la letra, me senté bajo un nogal muy frondoso que en lugar de dar sombra daba sol. Ahí había un pájaro carpintero que picoteaba y picoteaba al tiempo que decía:

Martilla, martilla,
carpintero, haz un
agujerito, haz dos
agujeritos, martilla,
martilla: ¡agujerea
el árbol entero!



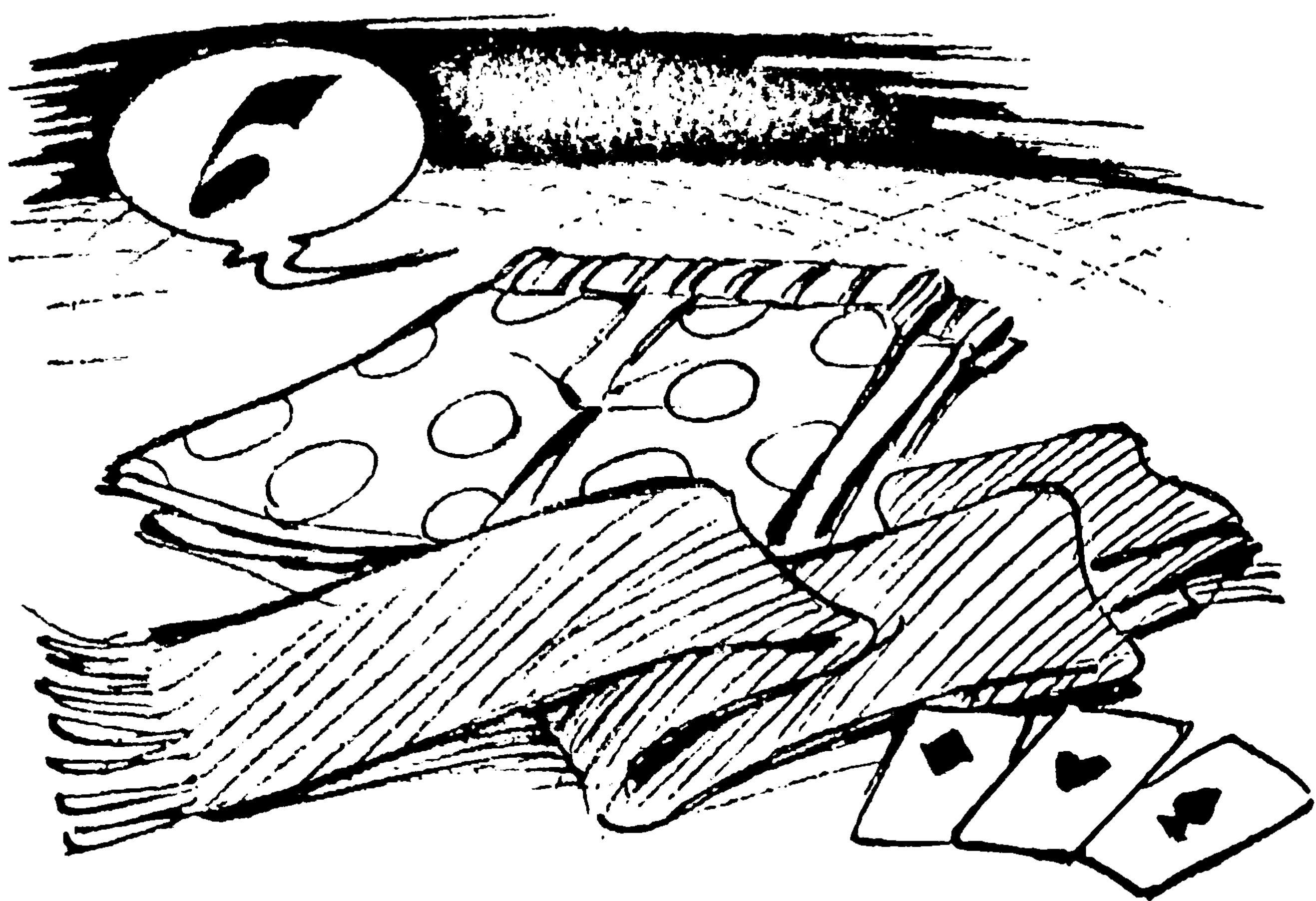
La música era tan melodiosa que enseguida me cambió el humor y me puse a tararear: “Martilla, martilla...”, cuando de golpe escucho unas voces burlonas:

—¡Ahí está el primo del Lobo Fuelle! ¿Qué tal, ridículo? ¿Cómo está tu primo, eh? ¿Sigue con el fuelle roto? Andá y decile que venga, a ver si todavía se anima a seguir canturreando con: “Y soplaré y soplaré y soplaré...”

27

Sí. Tal como ustedes se imaginan: se trataba de los tres cerditos constructores, los malévolos. Jamón Crudo, Jamón Cocido y Salchichón, esos son sus nombres. ¡Si ustedes supieran cómo arruinaron a mi primo el Lobo Fuelle! ¡Y él, que sólo ansiaba ser un silbador de tango!

Fue así como los conoció: jugando al truco en una pulpería. Mi primo Fuelle silbaba “Caminito” y los tres cerditos barajaban los naipes. Fumaban cigarros de choclo, que largaban un humo negro y espantoso, y bebían aguardiente de bellota y aguasaiave de piña. Lo convencieron a mi primo



para que se sentara a su mesa; le hicieron trampa en las cartas y le ganaron toda su fortuna. La fortuna de mi primo Fuelle eran tres calzones: dos color verde esperanza y uno con lunares amarillos, una bufanda de lana roja y el silbido para los tangos. Los cerditos lo obligaron a trabajar juntando bellotas de los árboles. Como esos árboles eran muy ariscos y tacaños, tenían pocas bellotas, y los cerditos seguían disconformes por más que mi primo se deslomaba trabajando de sol a sol. Entonces, pusieron al Fuelle a trabajar en una empresa de demolición. Hacía de grúa humana, de esas que, con una bola pesada, echan abajo una casa. Pero en lugar de bola, ordenaron a mi primo



que lo hiciera soplando con todo el aire de sus pulmones. En general, cuando tenía que echar abajo una casa de ladrillo soplando, no le iba muy bien. Entonces los cerditos se le reían y lo alentaban:

—Vamos, farabute. Vamos, lobo flaco, pelagatos, puercoespín.

—Sople con ganas, sople.

—Con énfasis.

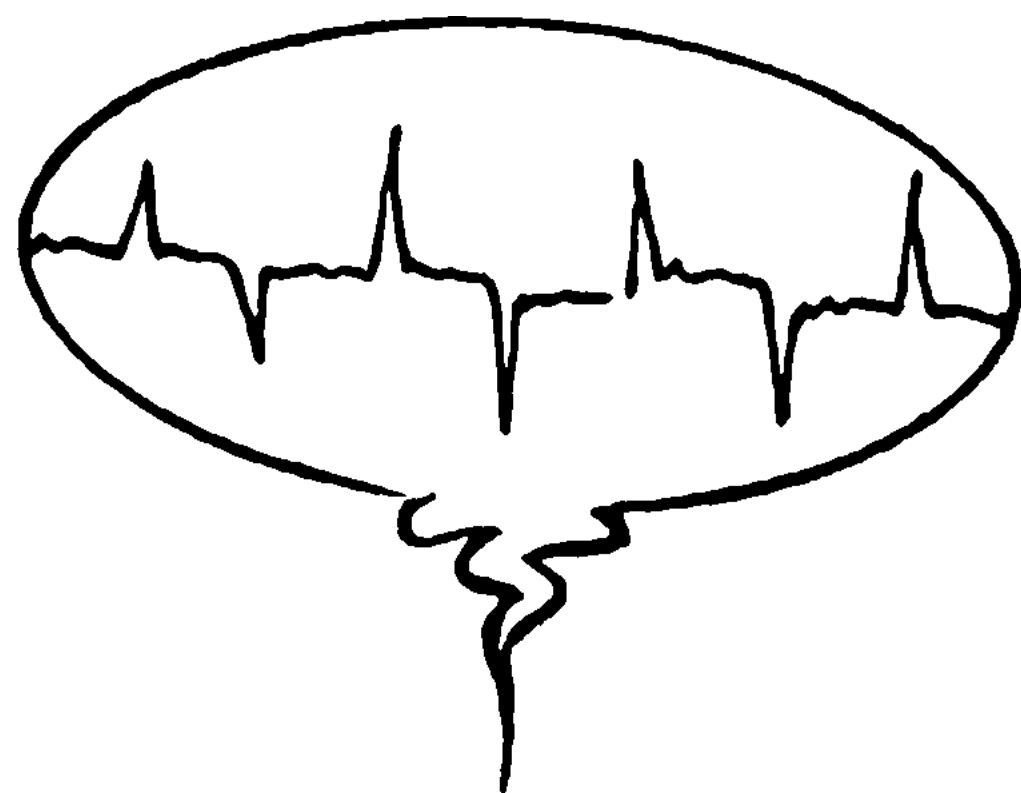
—Deberás soplar y soplar...

—Ponga voluntad, escuálido.

—Soplarás, soplarás, soplarás...

—Vamos, vamos.

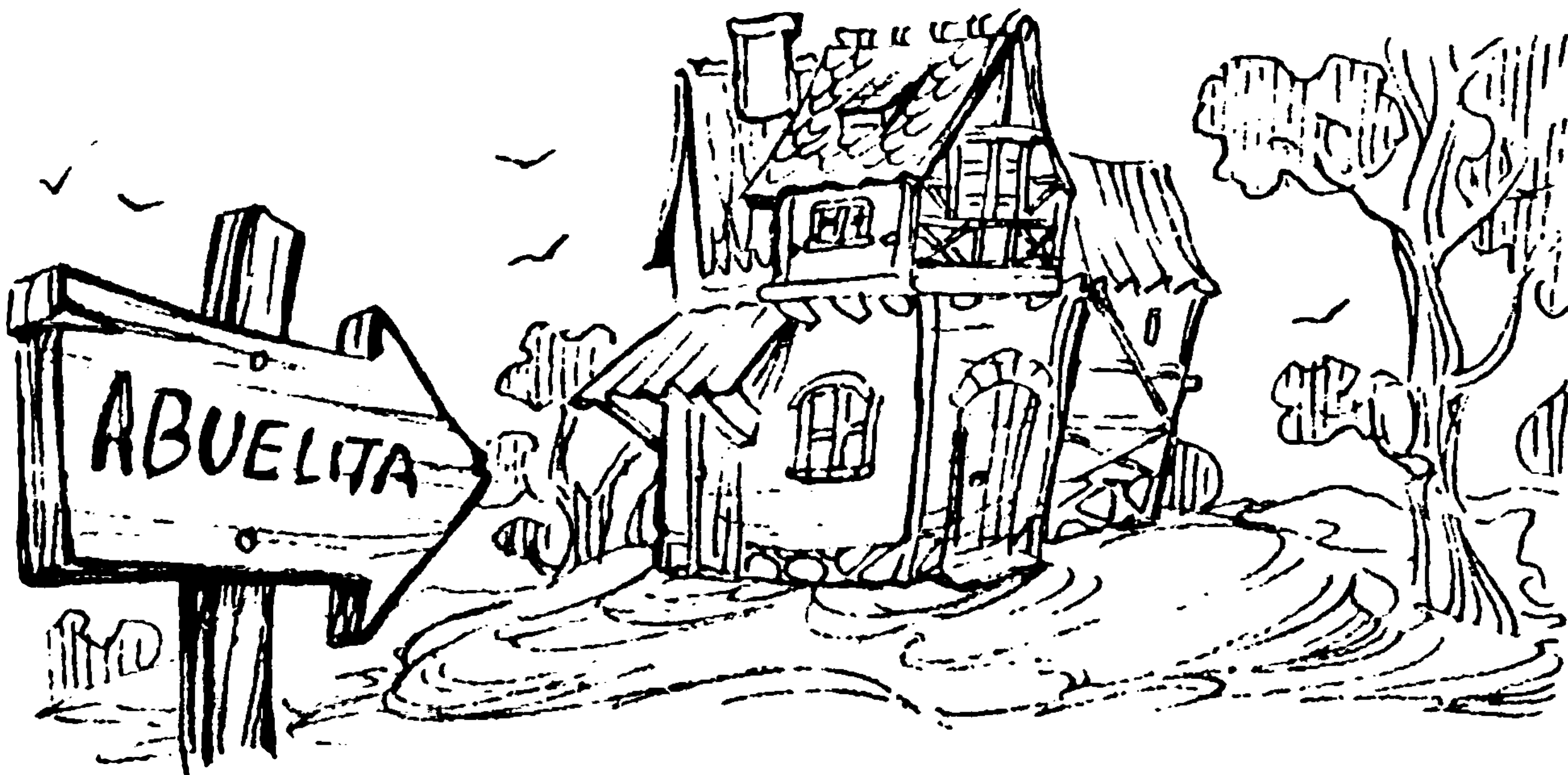
Así fue como mi primo el Fuelle perdió el silbido y terminó como bandoneón pinchado, el pobrecito. Todavía se está recuperando.





Capítulo Cuatro

Cuando llego a la casa de la abuelita hago toc-toc tres veces como me indicó Caperucita y entro. Parece que era una clave secreta el tocar tres veces seguidas. Como los ladrones tenían miedo de la abuela de Caperucita, si le querían robar, tocaban así a la



puerta. Porque si llegaban a entrar por la ventana, la abuelita les disparaba con un rifle Winchester que tenía al lado de la cama.

32

La Vieja estaba acostada. Tenía puesto un antifaz de asaltante de bancos y unos collares y pulseras de alambre de púa. Estaba tejiendo un suéter con dos agujas, en un punto que se llama Santa Clara, que según explicaba mi tía, consiste en uno arriba, uno abajo y así. Era un suéter del tamaño



de un niño, aunque después supe que era para su perro dóberman, apodado Carnicero.

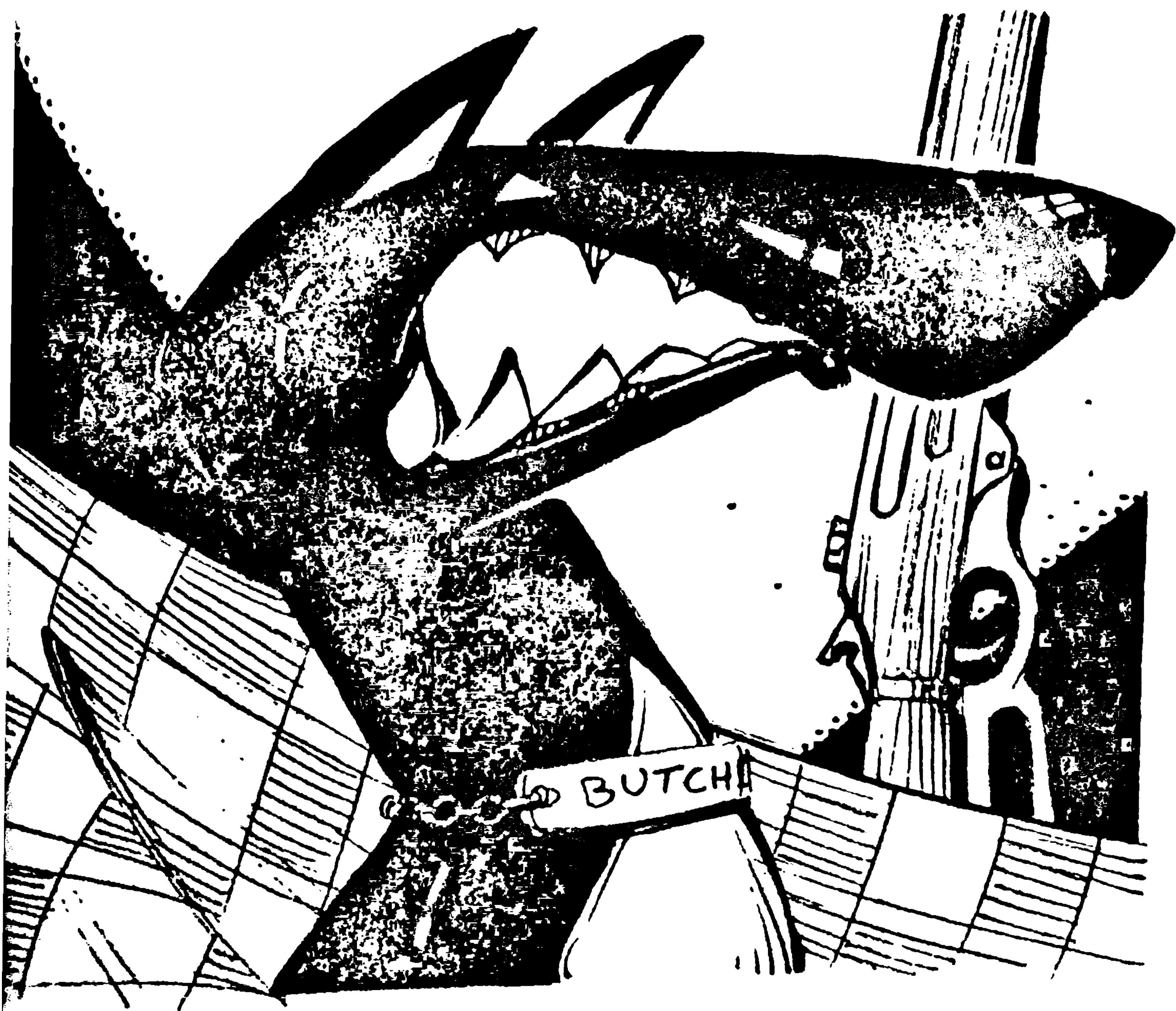
Cuando me vio, gritó:

—¡Mortimer!

—No, señora —la corregí—. Soy Ca-
perucita.

—Qué chistoso, Mortimer. Hacerte pasar por mi nietita. Acá tengo el rifle —dijo.

Era un rifle de cuatro cañones para matar una manada de elefantes a



la vez sin errar un sólo tiro. Se me erizaron todos los pelos.

—Ya podemos irnos de cacería.

Aflauté la voz:

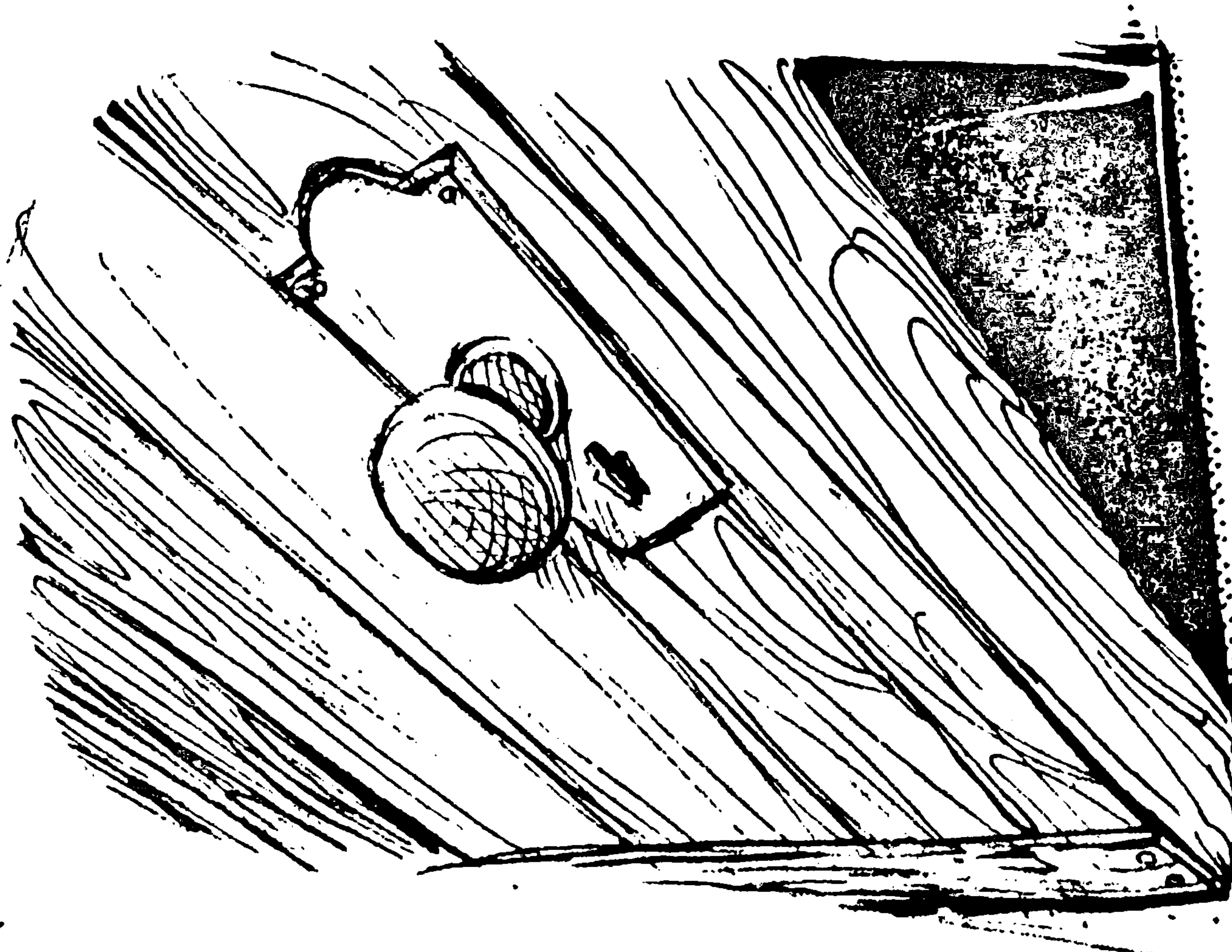
—¡No, no, abuelita! ¡Yo soy tu nieta, la Caperucita!

34

—Dejate de bromas, Mortimer. Vamos a cazar un lobo como en los buenos viejos tiempos.

Ahí no resistí más y salí corriendo. Cuando llegué a la puerta me la encontré a la Caperucita que venía cantando:

“En la sopa de mi tía
echo una culebra fría



y ojos bizcos de asesino
en el postre de mi tío:
porque soy mala, mala,
porque una peste soy
hasta yo miedo me doy
cuando me miro en el río.”

Mientras cantaba la dulce melodía zarandeaba la canastita que era un primor por fuera. En cuanto me vio, me agarró de las orejas y me sacudió. ¡Con qué se alimentan las niñas de hoy para tener esa fuerza? Caperucita seguro que tomaba sopa de virutas de hierro.

—¿Qué te dije yo? —me decía mientras me pellizcaba.

Entramos a la casa.

—Hola, Vieja —saludó.

—Ah, Caperucita —gritó feliz la inocente abuelita—, ¡qué suerte que viniste! ¡Hace menos de un segundo estuvo acá Mortimer para ir a cazar lobos!

—¿Qué dice, abuela? Usted, en el estado que está, no puede ir sola ni al baño, ¿y quiere ir a cazar lobos?

Mire, le traje un bizcochuelo que hizo mamá para usted.

—Yo de esa no como nada.

Esa familia no era un ejemplo de armonía y buen entendimiento, pensé.

36

—Bueno, se embroma. A ver, vos —me ordenó—, vení y comete a mi abuela.

—No empieces, Caperucita —dijo la abuela.

—Abuela, escúcheme bien: si yo le digo a un bicho que se la coma, el bicho tiene que obedecerme y comérsela toda. ¿O quién es acá la domadora de bichos apestosos?

—En eso estoy de acuerdo —sentenció la vieja muy razonablemente—, vos sos la domadora y yo soy la matadora. ¡Ah, esta nietita mía heredó mi amor por la fauna salvaje!

—¡Lobo! —gritó Caperucita.

—Sí, sí —dije yo—. ¿Por dónde te parece que muerda pri-hip primero-hip?

En eso me vino un ataque de hipo y me lo quise curar con el siguiente versito:



“Hipo Felipo
si no te vas
te destripo.”

Pero Caperucita Roja conocía métodos curativos más contundentes: me dio con la canastita en la nuca hasta que se me pasó; ella dijo que era el mejor remedio para cortarlo.

El fondo de la canastita era de hierro blindado.

Mordí a la abuelita en la pantorrilla y me tragué un zoquete de lana que se me atoró en la garganta. Pero enseguida la abuelita me pegó en la espalda con el bastidor de bordar y me bajó el zoquete. La abuelita tenía la fuerza de un coloso. Además, había un dato importante de la juventud de la abuelita que Caperucita desconocía: había sido cantante lírica; todas las veces había representado papeles fuertes, y hasta llegó a tener algo de fama cuando cantó como Othelo y como Simón Bocanegra. De manera que en ese instante se puso a gritar, tal cual en la ópera, las palabras: “¡Guardabosques! ¡Guardabosques!”.

En medio minuto entró una cuadrilla armada hasta los dientes. El guardabosques jefe venía dentro de un tanque del ejército. Como símbolo de coraje y solidaridad para con la abuelita, detrás del tanque venían los tres cerditos con cimitarras en las manos. Me pareció ver incluso que

hasta Robin Hood venía en defensa de la abuelita.

40

Yo, asustado, tomé la cofia de la abuelita y la sacudí como una bandera blanca de la rendición; me hicieron prisionero. Caperucita gritaba:

—¡Quiso comerse a mi abuelita!
¡Quiso devorarla! ¡Pobrecita mi abuelita!
¡Pobrecita!





Epílogo

A sí fue como terminó este feo asunto. Después hubo versiones muy diferentes sobre los hechos y todo el mundo las creyó. Cuando les digo todo el mundo, me refiero a los seres humanos, porque nadie fue a preguntarles a los lobos qué cosa piensan de Caperucita Roja. Bueno sería que lo hicieran. Pregunten a mis amigos lobos y, por favor, ayuden a mejorar mi imagen.

